

Reflexiones sobre un ataque huao¹

Miguel Ángel Cabodevilla²

El rumor inicial

Finales de mayo de 2003: se acaba de asestar un golpe, casi mortal, a un clan humano milenario. Ecuador ha asistido, sin inmutarse, a lo que pueden ser los prolegómenos del inmediato exterminio de un grupo selvático libre. Quisiéramos ofrecer nuestra apreciación de las circunstancias y los hechos, allí hasta donde nos ha sido permitido conocerlos. Confiamos en que, confrontada con la de otros testigos afectados, sean indígenas o no, y de cualquier cercanía con el asunto, puedan ayudar a encontrar una solución más adecuada que la de la despreocupación generalizada, la imprevisión ante futuros sucesos o el sacrificio final de un grupo humano.

A nuestro entender esta tragedia nos muestra un fracaso colectivo. La calidad de una sociedad se juzga por la capacidad de dar protección a sus miembros más débiles; resulta evidente que en este caso no hemos sabido hacerlo con eficacia.

Se trataba de lo siguiente: la Organización de la Nacionalidad Huaorani del Ecuador (ONHAE) daba aviso de un ataque huao contra tagaeri. Se suponía que habían matado hasta 30 personas en algún lugar cercano al río Curaray. Incluso advertían que los guerreros trajeron consigo la cabeza de uno de los enemigos. Desde el inicio, la organización adjudicaba la mentalización de esa matanza, incluso su puesta en práctica, a los madereros que operan en el sector del río Tigüino.

En la Misión de Coca teníamos una primera respuesta: dos de los agresores huaorani han dormido allí, llegados recién de su sangrienta correría, han llevado con ellos armas robadas en el asalto y muchas noticias. Se muestran ansiosos por hablar. Juan Carlos Andueza, a quien fueron a buscar, graba sus relatos en Coca, después en su propia comunidad de Tigüino, aún con la tensión propia de los guerreros tras una cruzada de exterminio. Fotografía las armas y objetos capturados (bodoquera, lanzas, hamacas, etc.) y remite las imágenes a Quito donde tratamos de coordinar el flujo incesante de informaciones. En ese momento ya contamos con indicios suficientes para establecer hipótesis sobre lo sucedido y adelantar algunas certezas, aunque la Misión no realiza ningún pronunciamiento oficial.

1 Esta narración está hecha, en sus partes más definidas, sobre la información obtenida por Juan Carlos Andueza, misionero capuchino de Coca, en los días inmediatamente siguientes al ataque de finales de mayo de 2003: grabó la conversación de tres de los participantes y estuvo con la mayoría de los restantes quienes pusieron ante él los objetos obtenidos como botín de guerra: lanzas, bodoqueras, collares, hamacas, etc. Como es natural, no damos nombres de participantes, ni otros datos privados que propicien una identificación sin interés desde el punto de vista cultural.

2 Misionero Capuchino. Autor de varios libros sobre los Huaorani.

Reacciones

Dentro de la prensa, desde el inicio, el negocio le gana cuerpos a la información. La noticia está oscilando por lo general entre la crónica roja, el sensacionalismo y una inefable complacencia para los supuestos asaltantes a quienes pronto pasearán pública, victoriosa o pintorescamente por Guayaquil. Nadie mostró estupor por ese manejo noticioso. Las organizaciones indígenas reaccionaron levemente y con tardanza; ninguna autoridad, comenzando por las de Orellana, dijo nada ante esa farsa grotesca. Por lo demás, los/las periodistas, casi en su totalidad, mostraron una lejanía tal con el tema en general, tan escasamente documentados en el contexto de la noticia, que uno creería hablarles de ciencia ficción, de un país tan remoto y ajeno como pudiera ser algún espacio interplanetario.

Si los dirigentes indígenas (ONHAE, CONFENIAE, CONAIE, COICA) expusieron a la sociedad ecuatoriana una reflexión adecuada en este suceso, júzguenlo los lectores, oyentes o televidentes de esos días. Por nuestra parte no creemos que la suya pueda exhibirse, precisamente, como un ejemplo de información, coherencia o destreza. La entrada de dirigentes huaorani en compañía de militares, policías y fiscales, para enterrar sumariamente algunos de los cadáveres, tampoco representó el momento más lúcido de su dirigencia.

Pero quizá lo que tuvo un eco más perceptible esos días, para quien estuvo atento durante las jornadas, fue el sonoro, sublime silencio, de los especialistas. Nadie dijo nada, fuera de unas pocas cosas irrelevantes. No obstante, ese mutismo fue un acto de sabiduría. Porque desde la muerte de Alejandro Labaka e Inés Arango, ¿qué se ha hecho en el país, desde el punto de vista académico, por el conocimiento adecuado de un grupo humano que debería protegerse?

El caso de la repentina mudéz entre los petroleros es diferente. Alguno de ellos sí saben, pero no cuentan. Una fotografía satelital descubre en la selva profunda no sólo una casa

aislada, sino incluso a quienes ocupan su patio. ¿Dónde se almacena y procesa toda esa información, así como la que proviene de los numerosos sobrevuelos realizados en la zona?, ¿existe alguien controlando todo eso, aplicándolo al salvamento primordial de los grupos aislados que pueblan y son dueños de las selvas desconocidas?

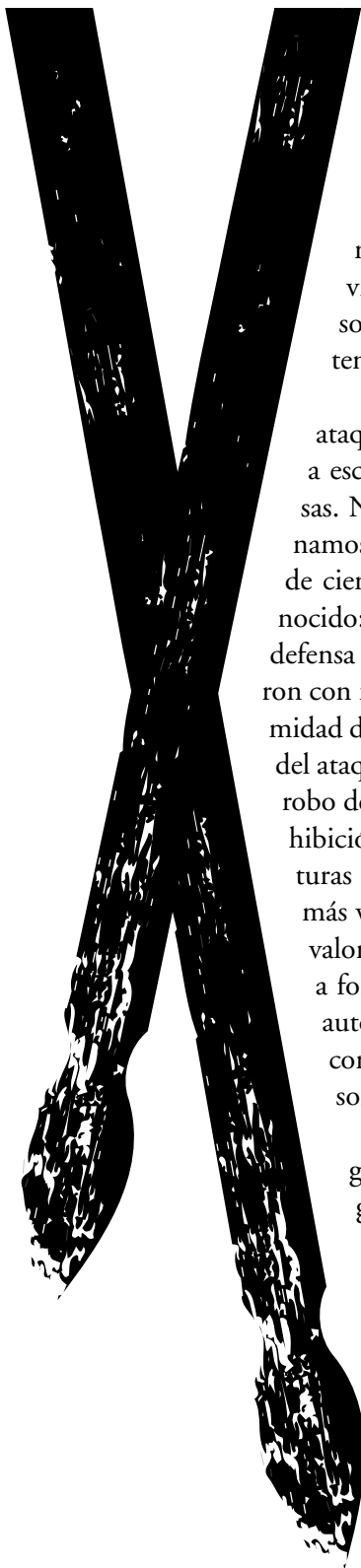
Bien vale referimos al control del territorio, al de las políticas sociales y de seguridad. En definitiva cabe preguntarse: ¿hay alguna “autoridad” en el Oriente que merezca tal nombre, quién la ejerce y qué responsabilidades ha asumido ante una matanza semejante? En consecuencia, ¿ha dimitido alguien de su puesto de control en la zona de la masacre, o siquiera ha mostrado su contrariedad por el horrible suceso, se ha hecho cargo alguien de tamaño descontrol y desidia? Nadie se ha sentido aludido. Ni siquiera las autoridades indígenas, que ni dejan a los demás entrar en sus asuntos ni se responsabilizan ellos. Es como si no hubieran muerto personas, ciudadanos. Simplemente desaparecieron otros fantasmas errantes.

Parte después de la batalla

El ataque tuvo, como suele ser tradicional entre los huaorani, largos y enrevesados precedentes y una ejecución sumaria. Fueron nueve los ejecutores, casi todos veteranos, alguno de ellos tanto que apenas pudo hacer la larga caminata; pertenecientes a distintos poblados actuales aunque aliados por la consaguinidad, la familia o puntos de interés común. La ocasión inmediata de la coalición fue una fiesta.

Insistimos en que se trata de huaorani que viven en una frontera de violencias constantes. Apretados por la colonización incontrolable, las petroleras todopoderosas, el negocio tentador del turismo, las intrigas y trampas de los madereros; todo ello forma a su alrededor un mundo que no pueden controlar, que les supera y arrolla de forma





angustiosa. Si muchas veces se muestran exasperados, irritables o violentos no debe extrañar a nadie, sometidos como están a constantes tensiones para ellos inmanejables.

Existen, tanto en la preparación del ataque como en su ejecución, aspectos a esclarecer. Pudieran darse aún sorpresas. No obstante, en resumen, nos inclinamos por describirlo como una acción de cierto comportamiento huao bien conocido: en circunstancias dadas, la mejor defensa es un buen ataque. Cosa que hicieron con resolución, sin dudar sobre la legitimidad de su acción. De ahí la no ocultación del ataque, el corte de la cabeza enemiga, el robo de sus pertenencias y su posterior exhibición, incluso los preparativos para futuras ofensivas. A ojos de los huaorani más veteranos y menos afectados por los valores de los blancos, este asalto pasará a formar parte de su leyenda oral y sus autores al friso de los héroes, aunque con la peligrosa dualidad de tales personajes en el panteón huao.

Los hechos ponen en litigio la ligereza de cierta práctica antropológica y pseudoconservacionista que alienta la defensa idílica e irreal de selvas intocables, intangibles, pobladas de seres ancestrales en algún estado de pureza humana. La llamada zona intangible no lo es tal, aunque los manejos que ahí se dan sean del todo desconocidos a la sociedad ecuatoriana. Por otro lado, los seres humanos, por lo común, no pueden ni quieren permanecer aislados, necesitan conocerse, relacionarse, mezclarse. Cuando se trata de grupos aislados, la fragilidad y peligrosidad de ese contacto salta a la vista, de modo que si no se prepara adecuadamente y se cuida al máximo, la probabilidad de una tragedia se multiplica. Como decía Alejandro Labaka, “el contacto con estos grupos es muy delicado, comprometido y, con frecuencia, penoso; el no contacto resulta para ellos mortal”.

Tiempo de guerra

Cuando los huaorani no hagamos más lanzas y mantengamos los brazos en alto y desarmados, cuando callen nuestros cantos de guerra, y no organicemos más asaltos, entonces, los huaorani estaremos condenados a desaparecer.
Nemunga.

El ataque

La guerra es un oficio duro, apto tan sólo para los más fuertes, obstinados e impasibles. En el reconocimiento social de ese hecho reside buena parte de su prestigio. La ley de la lanza obtiene entre los huaorani derechos reconocidos.

Se ha de recordar que la patrulla de esta acometida viajó y caminó, bajo una lluvia constante, con hambre y sufrimiento, durante tres días antes de lograr su objetivo. Según describen el escenario final del ataque, parecería preparado por el mejor escenógrafo huao: la casa grande bajo una sombría y atronadora tormenta selvática. El aire tan colmado de lluvia, frío y ruido que mantiene a sus adversarios dentro del bohío, atizando los fuegos. Sordos, desprevenidos. No obstante esa gente tiene la vitalidad de los animales más sagaces y antes de que los siete cerquen la casa buscando copar las dos únicas salidas, alguno en el interior da la voz de alarma...

Para este momento crucial las tres versiones grabadas tienen tantos elementos realistas como fantásticos. El jefe del grupo agresor parece tener una visión más templada del momento. Según su declaración, los varones adultos salen en estampida de inmediato, “como huanganas” dice el atacante admirando su fuerza, velocidad y audacia. Asoman armados con lanzas, con lo cual, a más de su arranque, dificultan el arte de lanzarlos. Sin certeza absoluta, se puede calcular que los agresores logran lanzar a tres o cuatro de ellos (quizá otros huyeron heridos, acaso a morir más tarde desangrados en la selva). Los heridos, pese a todo, se alejan de la casa y son rematados

más allá del patio, en la frontera con el monte. A uno de ellos, por su porte formidable, le cortarían más tarde la cabeza. Todo esto sucede entre el fragor de los truenos, los alaridos de los asaltantes y los gritos angustiados de las mujeres. Entre tanto, en medio de un terrible desorden otros huyen, jóvenes hembras o varones, mientras quedan en la choza, paralizadas por el terror, algunas mujeres mayores o con niños de pecho.

Uno de los veteranos que llega tarde cuenta la escena con rasgos fabulosos, muy en la línea proverbial de lo que son los “otros”. Traduzco aproximadamente el sentido de su exaltada odisea:

“Era una casa grande, tan llena de gente que cuando nos sintieron llegar, la casa se estremecía por el movimiento de los de dentro. ¡Subía y se agitaba! Algunos corrieron fuera, rápidos como venados, pero otros se atrincheraron dentro de la casa, subidos como monos en los palos transversales del techo, armados de lanzas. No se podía entrar. Gritaban enfurecidos. Dentro estaba oscuro y podían atravesarte. A pesar de la tormenta, tuvimos que empujar los fuegos interiores para que hicieran arder la paja interior. Así, por el humo y el fuego, hubieron de salir y pudimos matar a muchos. Luego cada uno agarró con lo que podía cargar, muchas lanzas, bodoqueras, hamacas, loras... y nos lo fuimos llevando”.

Algunos datos convincentes

¿Qué hay y de cierto y cuánto de inventado en esas confidencias? Haciendo uso al mismo tiempo de sus propias narraciones y de las constataciones obtenidas de filmaciones y fotos posteriores, resumimos lo siguiente a título de ensayo: la casa era grande, de “cinco peines de pambil largos”, precisa un asaltante, “había mucha gente”. ¿Cuántos, 30, 40? No se sabe con certeza el número de muertos. Ni siquiera la expedición llegada a enterrar los cadáveres lo comprobó con eficacia, no entraron en la selva cercana. Por nuestra parte creemos que murieron 3-4 hombres adultos,

unos cinco niños, y tal vez seis mujeres. Aca-so alguno más.

Creemos que los agresores dispararon armas de fuego al menos en un primer momento³. “Sólo para asustar”, dijo el jefe. ¿Lo efectuaron a través de la paja?, ¿alguno de los combatientes más jóvenes lo haría al cuerpo de las mujeres rendidas que chillaban queriendo pedir clemencia? En todo caso, los cuerpos hallados tenían tal cantidad de lanzas que admiraba. Nos dieron una explicación: lancearon los cuerpos después incluso de ser quemados dentro de la choza, ya carbonizados, para inutilizar la cantidad asombrosa de lanzas enemigas encontradas en la vivienda. Muchas de ellas, además, aparecen cortadas por golpes de machete. En cuanto pudieron, no dejaron a nadie vivo, fueran mujeres o niños.

Describen la abundancia de hachas nuevas (al menos seis), además de otros objetos metálicos como machetes, ollas de diverso tipo, entre otros. ¿Dónde los obtuvieron?, ¿de trabajadores petroleros?, ¿quizá de los robos consentidos por Sevilla o su organización?, ¿en los acercamientos aéreos que otros turistas hacen utilizando eso como cebo para que asomen en sus patios? Todo puede caber en una zona tan desordenada.

En la retirada, según nos cuentan, los agresores fueron a su vez atacados en tres o cuatro ocasiones; uno de ellos estuvo a punto de ser alcanzado por una lanza. Pero aseguran que sólo eran uno o dos quienes los perseguían. ¿Tiene eso consonancia con el relato anterior donde se supone que varios de los hombres adultos consiguieron escapar? “Se asustaron, tuvieron miedo de nosotros”, decía el jefe de la partida Babeiri mientras preparaba lanzas para el siguiente ataque, “ahora nos temerán”. En todo caso, esos contraataques desesperados surtieron su efecto; desperdigaron a los asaltantes que más tarde, para reencontrarse en la selva, hubieron de hacer dispa-

3 Existen versiones sobre un inicial *tiroteo indiscriminado* que no hemos podido comprobar. Existen dudas razonables. Nueve cazadores disparando sus escopetas-carabinas con la efectividad que ellos usan, hubieran dejado más cadáveres y distribuidos en otra posición.

ros. Al mismo tiempo les obligaron a abandonar en el monte buena parte del botín capturado, abundante y pesado, en forma de lanzas, bodoqueras, u otros artículos saqueados.

¿Cómo describen a los asaltados? Con tonos a un tiempo objetivos y míticos con los que hay que andarse con tino. Son de piernas cortas y fuertes, cuerpo grande, enorme vitalidad y rapidez, textura gruesa y piel blanca, pelo corto (“brasileños”, precisó curiosamente uno de los salteadores), orejas con huecos pequeños, ojos rasgados.

El avispero excitado

¿Se puede intentar alguna hipótesis de lo que ha pasado en el interior del grupo atacado, de sus reacciones antes la matanza, etc.?, ¿podemos deducir alguna consecuencia para los habitantes o actividades más cercanas al lugar de la tragedia? Faltan datos para construir deducciones firmes. Existen demasiadas variantes sin resolver. ¿Formaban las cuatro casas habitadas un grupo relacionado entre sí? Si así fuera, la consistencia del clan sería suficiente para pensar en que estén elaborando represalias sin abandonar la zona.

Pero no vamos a abundar en suposiciones sin base suficiente. Porque algo es seguro: alguien ha revuelto de forma peligrosísima ese avispero humano. Se trata de gentes con una increíble capacidad para el desplazamiento selvático, con una resistencia asombrosa; parece natural pensar en la furia que en estos momentos debe embargarles. Teniendo eso en cuenta, miremos el mapa del lugar, observemos los enclaves huaorani a su alrededor, las costumbres de los runas del Curaray para sus actividades de caza y pesca por las selvas vecinas; comprobemos la misma distribución de los bloques petroleros en la zona; por no hablar de otros intrusos poco controlables... La tensión ha crecido de manera considerable, así como la probabilidad de encuentros violentos alejados del lugar de las viviendas. Todas esas gentes van armadas, aunque de forma bien diferente. ¿Cuál va a ser la próxi-

ma víctima?, ¿cómo establecer un control adecuado sobre el territorio? Y después, ¿cuál va a ser el plan para tratar de conocer primero y de organizar a continuación la vida de los grupos conocidos y de los tan poco contactados, evitando sucesos como el que describimos y lamentamos aquí?

En definitiva, ¿cómo superar el “tiempo de guerra”, esa fatalidad al parecer cíclica, en un espacio distinto, de permanente, aunque de seguro también conflictiva, convivencia?

El grupo que surgió del caos

Nos interesa lo que consideramos la parte más decisiva y menos tratada de la cuestión. ¿Quiénes eran los muertos? Y, claro está, ¿quiénes son los supervivientes después de la última escaramuza, cuántos pueden ser, de dónde y cómo así asomaron en estas tierras? Este es, a nuestro entender, el punto crucial, el enigma a descifrar, el eje a partir del cual, una vez verificado, se podrían preparar nuevas y adecuadas políticas en la zona.

Cuando nuestra historia es sólo lo desconocido

Volvamos, siquiera por un instante, a una comprobación de la historia huaorani. Sin retomar el origen de este pueblo, nos condenamos a vivir de continuo entre sorpresas y datos sin aparente sentido.

En las primeras líneas de la publicación, hecha en 1994, *Los huaorani en la historia de los pueblos del Oriente*, ya hacíamos constar: “quedan al menos dos o tres grupos familiares sin contactos con los demás”. En la siguiente frase, ubicando a esos clanes, se precisaba que estaban “casi enteramente dentro de la amazonía ecuatoriana”. Es decir, señalábamos que no eran sólo los llamados Tagaeri, los no contactados, también que no todos esos clanes móviles residían constantemente dentro de las fronteras de Ecuador.

En octubre de 1993, poco después de la doble incursión de la gente de Babe hacia una

casa tagaeri, con el rapto y posterior devolución de Omatuki, más el lanceamiento de Carlos Omene, habíamos escrito un largo artículo titulado “Olvídense de los Tagaeri”, recogido en el libro *En la región del olvido* (Quito, 1998). Ahí apuntábamos, hace diez años, algunas sospechas sobre la recomposición étnica de ese clan llamado Tagaeri. ¿Seguían siendo ellos, se habían mezclados con otros? Incluso años antes, tras la muerte de Alejandro e Inés en 1987, en un pasaje titulado, “¿Pudo ser así?”, ya se aventuraba la existencia de protagonistas de incógnito en esa zona selvática.

Les hemos llamados Taromenani o Taromenairi⁴, es decir la gente de Taromen(g)a; a veces Huiñatari, Huiñairi... ¿Nombres precisos o meras aproximaciones?, ¿tienen algo que ver con los llamados Tagaeri?, ¿quiénes son esos clanes, de dónde surgen, cómo y dónde se han mantenido ocultos, son o no huaorani, por qué emergen en esos momentos y lugares?

*Taromenga onguipo (el infierno,
o tierra de los Taromenani)*

Aunque con algunas variantes entre sí, tanto los personeros del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) a quienes consultamos hace años, o investigadores como Laura Rival (*Hijos del Sol, padres del jaguar, Abya-Yala*), coincidían en considerar a esas gentes de las narraciones huaorani como personas imaginarias, aunque quizá existieron en el pasado. Las narraciones hoy tienen halo de leyendas y están adornadas con fantasías propias. Alguno de los juglares huaorani actuales, acaso confundiendo una época con otra, les atribuyen propiedades de tiempos míticos: “gente monstruosa que vive en huecos de la tierra, sin boca, capaces de sobrevivir entre el fuego...” Sin

4 Recomendamos a los interesados en este tema examinen texto y notas del capítulo “Nuestra Historia No. 4, Grupos huaorani y su evolución”, así como “Nuestra Historia No. 7, Datos e incógnitas sobre los Tagaeri”, ambos del libro *Los huaorani en la historia de los pueblos del Oriente*.

duda por ello los misioneros del ILV tradujeron “infierno” con la expresión “Taromenga onguipo, la tierra de los Taromenga”. En definitiva, seres literarios, inexistentes. Pero, ¿eso es cierto?

Evidentemente hay que separar las cosas, los nombres, la procedencia histórica, con la cuestión real de la existencia de clanes móviles e incógnitos por la selva oculta. Esto último siempre ha sido, a nuestro entender, incuestionable. Informaciones recogidas durante años con muy diversos huaorani que habitaban o cazaban por las cuencas de los ríos Yasuní, Nashiño, Cononaco, Shiripuno, entre otros, nos hablaban de huellas características, monos muertos por virotos extraños, en fin, señales varias de clanes no contactados. Ahora los hechos de nuevo lo certificaron.

En resumen, ¿deberán llamarse o no Taromenani (“los cazadores que andan por la selva sin caminos”, “los incansables”)?, ¿serán o no descendientes de los Huiñatari (grandes corredores que huían muy lejos tras un ataque y se adornaban con las plumas azules del pájaro huiñá)? Eso está por verse; quizá debamos cambiar sus nombres de forma radical. Lo que queda fuera de toda duda es que la cabeza exhibida como macabro trofeo no era la de un tagaeri. Estamos ante clanes desconocidos.



¿Cómo superar el "tiempo de guerra" en un espacio de permanente y conflictiva convivencia?

Esta tragedia nos muestra un fracaso colectivo. La calidad de una sociedad se juzga por la capacidad de dar protección a sus miembros más débiles; resulta evidente que en este caso no hemos sabido hacerlo con eficacia.

Las señas de identidad de los "otros"

Hay pruebas palpables, suficientes, para asegurar la novedad de este grupo atacado. Probablemente una de las razones para traer la cabeza hasta los suyos fue precisamente ésa: mostrar que se trata de otros, de gente ajena, los que han invadido el territorio de sus antepasados, comen las chontas plantadas por sus abuelos o *durani*, y pisan sobre la tierra que guarda sus huesos.

Lo primero sorprendente de ese macabro trofeo exhibido (de un hombre varón cercano a los 30 años) era su pelo, ¡lo tenía cortado en la nuca! Jamás habíamos oído en ningún tipo de relato tradicional, de un huao, hombre o mujer, que se cortara así el cabello. En cambio, el no tener huecos en las orejas no resultaba definitorio.

Cuando Juan Carlos Andueza fotografió los instrumentos o artesanías que habían sido sustraídos del lugar del ataque, ya no cabían dudas. La hamaca era de diferente hechura; también el grosor, disposición de los garfios, labrado de las lanzas. Pero las innovaciones más convincentes residían en la cerbatana. Ese singular acoplamiento para la boca del soplador de dardos no podía haberse creado por casualidad. Tampoco la parte opuesta, en la salida de la flecha, más parecida a la de otros grupos. Eso sí, se trataba de la omena huao, sin duda; del todo original y diferenciada a cualquier otra en la Amazonía entera. Esas variantes hablaban, probablemente, de un grupo afín, pero separado por largo tiempo, capaz de producir variaciones y mantenerlas en aislamiento.

Las palabras de la tribu

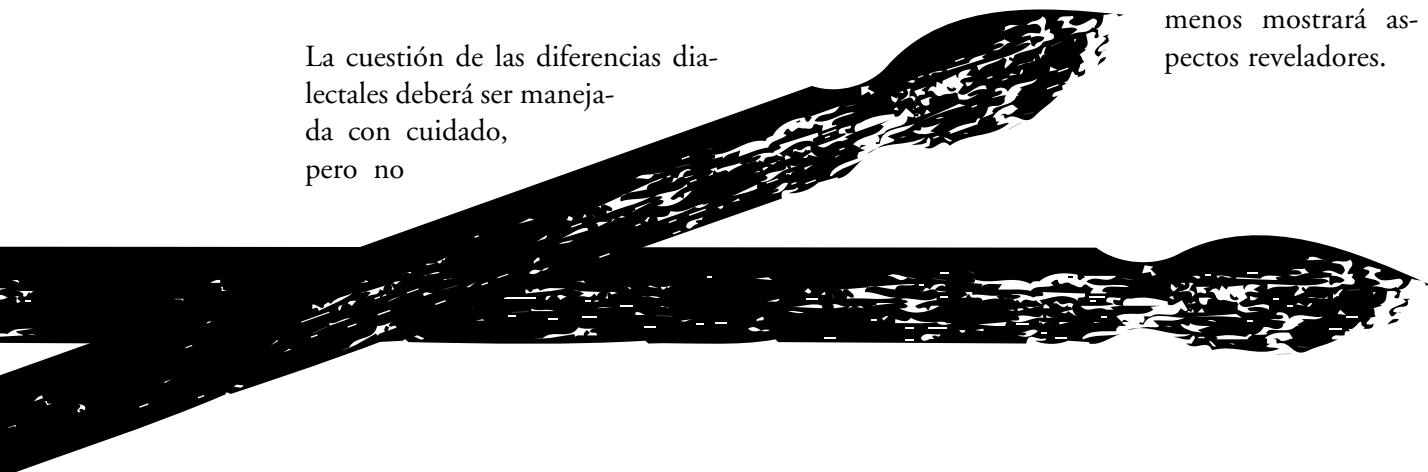
La cuestión de las diferencias dialectales deberá ser manejada con cuidado, pero no

deja de parecer notoria. En 1993, cuando capturaron a Omatuki y la retuvieron por unos días, los Babeiri ya se formaban dialectos basándose en algunas diferencias de pronunciación y sentido notadas en el habla de la joven. Al ir a entregarla, antes del ataque sufrido por Carlos Omene, tuvieron ocasión de oírla dirigirse a otras mujeres a las que vieron rondando la casa tagaeri donde ellos se alojaron durante horas. Según los visitantes, a veces entendían a la joven y otras no; lo mismo ocurría con las voces femeninas que le contestaban. En todo caso, era claro que se trataba fundamentalmente de su mismo idioma, aunque con variantes.

Esta vez los huaorani dieron una vuelta en la tuerca de su fiscalización. Después de las primeras escenas del ataque, convulsas y peligrosas, cuando sólo quedaban dentro del bohío mujeres, niños o ancianos, los atacantes, según creemos, interrogaron de la manera más severa a una de las mujeres capturadas. Del interés mostrado en esa investigación da idea la resistencia de la mujer y las heridas que le causaron para obligarla a la confesión antes de cubrirla definitivamente con sus lanzas.

De nuevo se debe tomar esta primera versión con moderación. Sin embargo, vuelve a coincidir con lo que sabíamos. La mujer emplea un lenguaje a ratos extraño, de manera que por momentos se les hace difícil seguir su relato. Desde el punto de vista del idioma parecería que este grupo tiene un punto más de distancia que los anteriores con respecto al lenguaje usual entre los huaorani contactados hasta hoy. ¿Quiere esto decir algo nuevo? Veámoslo finalmente desde otro punto de

vista y quizá el descubrimiento se irá concretando de a poco o al menos mostrará aspectos reveladores.



El clan desangrado

Cuando investigamos un poco la muerte de Alejandro e Inés en 1987 ya hubo una pregunta que entonces pareció a algunos precipitada o novelesca: ¿los mataron los tagaeri o los taromenani? Lo volvimos a recordar en uno de sus aniversarios con el artículo, “¿Pudo ser así?”. Allí insistíamos sobre nuestro desconocimiento del tema y los muchos cabos sueltos todavía por amarrar, muchos de ellos en manos de Kemperi y alguno de sus vecinos.

El padre del viejo Kemperi, hace mucho tiempo atrás, raptó y se unió a una muchacha que él llamaba Taromenani. Por otro lado, Kemperi sabía cosas que no hubiera podido conocer de no tener un acceso privilegiado a algún miembro de ese grupo, todavía fantasmal por desconocido. También los petroleros tenían datos que nunca se hacían públicos. En definitiva, no se estaba haciendo un seguimiento adecuado del asunto.

Seis años después, Omatuki confirmó nuestras sospechas y alentó otras. ¿Qué significaban esas diferencias de lenguaje que comprobaron por sí mismos los Babeiri en su incursión? ¿Acaso habían contactado los tagaeri con otro grupo que hizo con ellos causa común, mezclándose entre sí? A falta de otro nombre mejor, apuntamos entonces algunas hipótesis alternativas o complementarias: Tagaeri y taromenani (si se llamaban así) se habrían fundido; éstos últimos eran preponderantes.

Puesto que existían tres casas habitadas al mismo tiempo (ya decía esto un reporte en 1987) pudiera haber en ella clanes de ambos grupos, amigos o no entre sí. En todo caso, la idea de que los tagaeri se encontrarían en proceso de asimilación o exterminio se lanzó, aunque no pudo comprobarse con seguridad. Omatuki detalló además una larga lista de caídos en el primitivo grupo Tagaeri, desde Taga (diciembre de 1984) hasta otros muertos por accidentes de selva, disparos de trabajadores petroleros, ametrallamiento desde helicóptero... Quedaban pocos guerreros adultos, muy desconcertados. Hubo una gran dis-

cusión ya en 1987 antes de matar a los misioneros. Las mujeres querían protegerlos, entre los hombres creció la disputa: ¿si los matamos, nos acabarán a todos!, decían unos; otros, en cambio, recordaban la obligada ley de vengar la sangre propia derramada. Aunque no apareció tan claro en el relato de la joven, asomaba por ahí cerca, una sombra creciente; el peligro no provenía sólo de los cohuori, también otros grupos ajenos estaban en la selva al acecho...

Años después, ya en 2000, un huao conocido se topó en el monte, de improviso, a la altura del Km. 36 de la vía a Dicaron, con un cazador tagaeri, Huaihua. Aunque el encuentro al comienzo fue tenso y peligroso (Huaihua le exigió el machete amenazándole de muerte), luego pusieron en marcha sus propios mecanismos parentales para acercarse y rebajar la tensión, de modo que pudieron hablar largo. El cazador tagaeri enumeró una serie de caídos en su clan (sus nombres coincidían con los recogidos de Omatuki); en ese momento ellos eran ya pocos, se quejaban por las escasas herramientas de metal, y describían a los Taromenani como a su gran y cercana amenaza.

Ahora ese círculo parece haberse cerrado. Una mujer, lanceada intencionadamente en un brazo para obligarla a confesar, dijo a los vengadores Babeiri, entre muchas palabras que no entendían, que hace poco tiempo (hablan de tres meses) los Taromenani dieron el último golpe a los terminales Tagaeri. Si fuéramos a hacer caso a esa información, aún sin confirmar, deduciríamos la muerte, entre otros, de Baihua y Omatuki. ¿Debemos olvidarnos definitivamente de los Tagaeri, al menos entre los vivos? Faltan muchos extremos por confirmar y la selva es una caja de sorpresas.

Penúltimos datos e interrogantes

Sabemos de buena fuente que en el momento del ataque de mayo había siquiera cuatro casas habitadas al mismo tiempo. Si las casas son del tamaño de la destruida, estaríamos

hablando de unas 100 o 150 personas no contactadas.

¿Quedarían entre ellos mujeres/niños que fueron Tagaeri? En las narraciones antiguas se decía con frecuencia que los Taromenani no solían matar a las mujeres, las robaban. ¿Serán los supervivientes todos de un sólo grupo, sea Taromenani u otro?, ¿permanecerán estables, aunque moviéndose, en la zona, o alguno de esos clanes hará desplazamientos mucho más extensos hasta las cuencas bajas de Nashiño y Yasuní, o incluso más allá de la frontera peruana? Si volvemos a relatos viejos, de los Huiñatari se cuentan sus rápidos y largos traslados, así como su ferocidad en los ataques. ¿Todos los grupos/clanes aislados en esa zona son agresivos?, en todo caso, ¿qué significaría y cómo se mostraría esa agresividad? Tampoco hay que apresurarse en la respuesta.

Según los asaltantes, había muchísimas lanzas en la casa destruida. El tipo de lanzas saqueadas son sin duda armas de guerra. Pero, ¿ocurrirá lo mismo en las otras casas actualmente habitadas?

Hipótesis para seguir investigando

No es posible dudar de la existencia en Ecuador, y según creemos también en la parte peruana del bajo Curaray, de grupos aislados desconocidos. Por lo que respecta a indígenas de la rama huao, éste podría ser un mapa provisional, trazado en base de los últimos datos, todavía por precisar: el grueso de lo que llamaríamos pueblo huao vive en diversos asentamientos en Ecuador. Unas 100 o 150 personas podrían residir ahora, en lo que fueron tierras tagaeri. Por no tener un nombre más preciso las llamaremos, de forma provisoria, Taromenani. Se trata, probablemente, de una rama común huao, con muy poco contacto con ellos al menos en el último siglo. Falta por

concretar la razón por la cual estos grupos, provenientes del bajo Nashiño y hasta de las cercanías del bajo Curaray, han subido hasta su localización actual. ¿Presionados por otros pequeños grupos (llamémosles Huiñatari como aproximación) de la misma etnia, aunque diferentes?, ¿acuciados por la falta de parejas adecuadas que podrían encontrarse en las mujeres tagaeri?, ¿alentados por la facilidad de un corredor libre y el aislamiento de la zona intangible?, ¿siguiendo una ruta histórica que ellos han recorrido, en la selva profunda y deshabitada, desde hace centenares de años?

Existen personas de la etnia huao asimiladas como naporunas o indígenas más indiferenciados en el alto Napo peruano y riberas del Curaray. Sería de mucho interés recobrar los testimonios de esas personas. No se ha de descartar definitivamente, hasta un mejor reconocimiento del área, la existencia incluso de grupos aislados pertenecientes a otras etnias, en lo que desde algunos años fue conocido como “refugio de reliquias andantes”: afluentes del bajo Curaray como el Arabela o la zona de Vacacocha. Desde ahí, por los corredores aislados de entre ríos, podrían tener acceso, como lo tuvieron ciertamente en el pasado, a una zona ecuatoriana todavía bastante aislada y sola.

En definitiva, estamos ante un caso extraordinario para el conocimiento amazónico y la adecuada protección de unos grupos humanos invalorable. Del caos amazónico inicial, de esa abertura del espacio selvático hacia posibilidades casi infinitas, nació este brote humano aún lleno de misterio; del caos y confusión que se ha hecho en esa zona, mucho más desconocida que intangible, puede asomar, si lo pretendemos en serio, una recreación de ese mundo más respetuosa y organizada.

Julio de 2003.

